EL ARCO

Núm. 283 Cartagena 18 Julio 1919 Año XII

· Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costeado por bienhechores | REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2. | No se devuelven los originales

Quiero mando

Benavente, el gran psicólogo de nuestras costumbres, en su tragicomedia «La Malquerida», pone en boca del Rubio, personaje que sintetiza las más bajas y ruines pasiones, y brazo frío ejecutor del crimen que le sugirió su amo, las siguientes palabras: «Yo no quiero náa más que tener mando; eso, sí; mucho mando»:

En estas frases hállanse retratadas todas las concupiscencias humanas; a ellas se han rendido muchas veces los más puros afectos del corazón, los más bellos ideales, las más caras afecciones.

El mando, lo que la filosofía cristiana ha considerado siempre como sacrificio, lo que la ley divina ha cargado con las mayores obligaciones, lo que ha puesto en zozobra a los espíritus más fuertes, asustados ante la tremenda responsabilidad que contraían, es lo que más halaga hoy a los mezquinos y ambiciosos, que sin ninguna condición de talento, de actividad, de grandeza de ideales ni de disposición al sacrificio, buscan ansiosamente, no el poder, que en sí significa algo noble y levantado, sino el *mando*, el ser amos, el disponer a su antojo, el satisfacer muchas veces el solo deseo estúpido de relumbrón, o el ansia loca de sus venganzas personales.

Por esa ambición desenfrenada es por la que se ven todos los días esas impaciencias de llegar a los primeros puestos, esas intrigas por escalar las más altas cumbres, esas promesas y dádivas que se reparten anticipadamente, con el único y exclusivo de llegar antes o hacer más suave la cuesta de las ambiciones.

Y cuando casi todos los organismos sociales están constituidos en esa forma, cuando todos los puestos de las jerarquías están ocupados por esta clase de gentes, no es raro que los de abajo, los que sufren, cual losa de plomo, los desafueros de los de arriba; los que, en vez de encontrar en el Poder a un padre y a un juez encuentran un amo y un verdugo, agotados ya los límites del sufrimiento y de la vejación, quieran derribar al ídolo de barro para sustituirlo por otro igual, pero que lleva sobre el derribado la ventaja de que es más suyo, más personal, más discutible, menos amo.

Hasta que no llegue el dichoso día en que para subir no se necesite la intriga, en que para medrar en la carrera no se requiera sólo la audacia en que para ocupar altos puestos no sean necesarias más condiciones que el dinero muchas veces y la desvergüenza, siempre, no se podrá decir en verdad que el mundo ha cambiado de fase y ha entrado en nuevas y regeneradoras vías de salvación.

Mientras esto no suceda, mientras el Poder no se considere como una carga mientras los cargos no sean fruto de una imposición de los más en vez de unas exigencias de la ambición de los menos, el mundo seguirá su marcha a trompicones, la sociedad temblará sobre sus cimientos a cada nueva ambición y los hombres seguirán en perpetua rebeldía contra aquellos cuyos vicios conocen y cuyas sordideces sufren.

Basta abrir el libro de la vida por cualquier parte y en todas sus hojas y a través de todos los acontecimientos se verán escritos los mismos conceptos, aunque cambien en algo las palabras: buscad en todas las sociedades el eje de su actuación, indagad las causas de sus acontecimientos políticos, inquirid sus actitudes en sus diferentes épocas, y en vez de fijeza en los principios y lógica en las consecuencias encontraréis las más absurdas contradicciones, los más antitéticos procedimientos, que sólo han obedecido, no a las necesidades de sus subordinados, sino a los caprichos de los amos de turno.

¡Triste condición la de los seres racionales! Buscan ansiosos la felicidad, corren locamente tras el ideal, y éste se halla acaparado por los logreros arrivistas de ayer y defendido por el cerco amurallado del egoísmo, que no tarda en ser roto para sustituirlo por el que edifican otros más nuevos o más audaces.

Sólo cuando la luz de la fe brilla en lo alto, cuando los esplendores de la verdad divina son los que guían a la humanidad, es cuando ésta marcha segura por la senda de sus destinos, porque la luz está tan alta que nunca la llegan a alcanzar los brazos humanos, y la verdad está tan firme, que no pueden los hombres socavar sus cimientos.

Entonces es cuando aparecen en la tierra esos poderes paternales que cuidan de la felicidad de los pueblos y se sacrifican por su bienestar; entonces es cuando aparecen los padres de las naciones y quedan proscritos para siempre los amos; entonces es cuando se oyen aquellas palabras sublimes de la redención, «¡hágase en mí, según Tu voluntad!», entonces es cuando los hombres asustados de la responsabilidad del Poder huyen de los sitios encumbrados, como de un peligro, y no manchan sus labios con las palabras «quiero mando», reveladoras, como se ha visto de la más vil y más degradante bajeza humana.

«SUEÑOS DEL ALMA»

A la Virgen

Pura y hermosa doncella,
madre de os pequeñuelos,
alegría de los pobres
y los enfermos,
Te quiero tanto, María,
María, tanto te quiero,
que, sin poder remediarlo,
solo en tí pienso.
Todas las mañanas, Madre,
todas, cuando me despierto,
al verme solo, te llamo
quedo, muy quedo.
Y por la noche María,
cuado ya me rinde el sueño,
bajito, hablando contigo,
feliz me duermo.
¡Ah Virgen! ¡Te quiero tanto!
María, tanto te quiero
que, cuanto más te conozco,
más te deseo

. . . . . .

DIAZ DE ARCAYA.

Por la dronzuelo

Jorge, niño muy travieso, miraba un día por la ventana el huerto del vecino, en el que vió gran cantidad de hermosas manzanas coloradas que estaban esparcidas por el suelo.

Al punto decendió de su cuarto, deslizóse en el huerto por un agujero que había visto en la cerca y llenó de manzanas todos sus bolsillos.

De repente penetró en el huerto el vecino con un palo en la mano, y sin perder momento, Jorge, que le había visto, se lanzó tan deprisa como pudo hacia el agujero para escapar por donde había entrado.

Pero ¡oh desgracia! de tal modo estaban llenos sus bolsillos, que se quedó preso en la abertura, demasiado estrecha para facilitarle paso.

¡Ya podeis pensar como temblaría, viéndose atrapado, y qué vergüenza tan grande no enrojeceria su rostro al encontrarse, como un indigno ladrón, en presencia del vecino!

Tuvo que restituir todas las manzanas que había robado. Después díjole el vecino, mientras le administraba algunos bastonazos:

No te olvides de esto, querido:

«No robarás»—nos dice la ley santa.
El que roba se prende en ciertos lazos
de los que sólo sale sin ventura
y lleno de vergüenza... y bastonazos.

Cinematógrafo moral

Las muchas dificultades que tienen que vencer los organizadores de programas cinematográficos morales, por la necesidad en que se encuentran de tener que acudir a las distintas casas para reunir lo bueno de todas las producciones, ha hecho surgir en un grupo de celosos propagadores de la película moral, la idea de fundar un Centro donde pueda facilitarse programas de las mejores cintas morales que se puedan proyectar en consonancia con el público que haya de asistir a las representaciones.

Los que deseen, pues, programas morales, pueden dirigirse al Gerente de la CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA, San Bernardo, 78, Madrid.